

La impresión que sacaron de estas revelaciones fué un gran despecho que tradujo en Jim una explosión de rabia.

Joe guardó su acostumbrada calma.

—Lo que acabamos de aprender á cambio de todas nuestras combinaciones! ¿Cómo vamos á proceder?

—Lo más sencillamente del mundo; buscar el modo de saber desde mañana el destacamento que habrá conseguido capturar á la pequeña.

—Muy bien, ¿Y en seguida?

—Obrar según el plan que acabo de exponer, apoderarnos de la señorita Zezette ya seduciendo á los soldados ó libertándola por sorpresa.

El menor de los Blackbaern reflexionó un momento.

—La idea no es mala; me ajusto á ella enteramente.

—Yo también—añadió Jim.

De esta manera llegamos á conseguir nuestro fin más fácilmente, aún, que si nos hubiésemos puesto á combatir á esos bribones, mucho más decididos que pensábamos de buenas á primeras. ¡Oid! Jim, yo propongo no esperar la jornada de mañana y ponernos á la obra esta noche, probando á ver si nos podemos acercar al Kopje. No se puede saber y acaso encontremos una ocasión cualquiera de precipitar los acontecimientos. Comprendéis...

—Muy bien. Pero, ¿cómo deshacernos de este borracho de Bolton?

—En media hora estará ebrio como toda la Polonia. Jim se encargará de aumentar la ración y de abrasar la cabeza.

—Estoy dispuesto á consagrarme á ello—gruñó el gigante.

No pudo proseguir porque entró el oficial.

—¿Veis caballero como no he tardado?

Tomó asiento y la cerveza comenzó á correr.

Media hora después, el brillante Agustín

Willian Bolton, capitán de los dragones, caía bajo la mesa.

—¡En marcha—dijo el vizconde.

Los tres bandidos llamaron á Morgens-tern y salieron.

Joe Blackbaern y el señor de Blaisois habían vivido algún tiempo en la Australia y en los campos de oro del Sur de Africa; una expedición nocturna como la que acababan de decidir no era, pues, obstáculo para hacerlos desistir de su proyecto.

Introduciéndose por los bosques estrechándose á atravesar las partes más cubiertas de árboles, avanzando al paso rápido pero sin ruido, se dirigieron hacia el Kopje cuya dirección conocían gracias á lo que les había contado el señor Agustín Bolton.

Por lo demás, los fuegos que los burghers habían armado sobre la cima eran suficientes para mostrarles la dirección.

Después de dos horas de viaje estarían cerca del fin.

—Es preciso avanzar aún—dijo Joe Blackbaern.

Vivamente el señor de Blaisois le puso la mano en la boca y lo colocó detrás de un espeso bosque de álces.

Era tiempo: ante ellos acababan de aparecer vanas sombras de gran talla.

Eran jinetes que pasaban silenciosamente y á paso moderado.

Transcurrieron algunos minutos.

Después pasaron nuevas sombras, después otras y aún otras.

El vizconde soltó una blasfemia.

—¡Rayos! Hemos sido robados. ¡He ahí los hombres del Kopje que toman las de Villadiego sin tambores ni trompetas!—dijo al oído de Joe Blackbaern.

VI

La historia de Simpson no había dejado de interesar á Van Berkel.